



Carmen Guiralt, *Clarence Brown*, Madrid, Ediciones Cátedra, Colección Signo e imagen/cineastas, 2017, 408 págs.

Clarence Brown es un nombre que puede resultar familiar a algunos historiadores del cine o investigadores del clasicismo y de la época dorada de Hollywood. Se trata, sin embargo, de una figura recordada siempre como una nota al pie, una breve referencia, una línea, quizás una alusión en algún párrafo sobre otro tema o recluso a una mención entre paréntesis.

Pero, ¿quién fue realmente Clarence Brown?

Dentro de la serie dedicada a cineastas de su colección “Signo e Imagen”, la editorial Cátedra publica el primer monográfico existente sobre Clarence Brown (no sólo en castellano, sino en todo el mundo), escrito por Carmen Guiralt a partir de la ingente investigación sobre el realizador que ella misma llevó a cabo para su tesis doctoral. El exhaustivo trabajo previo no sólo es obvio a lo largo de todo el texto, sino que también es más que loable. Releyendo críticas y revistas de la época, revisando la bibliografía existente y realizando un extenso repaso de la localización y estado de las copias de toda la filmografía del director, Guiralt nos ofrece un texto completísimo, fascinante y capaz de valorar (e incluso refutar y corregir) las afirmaciones, asunciones y prejuicios que pudieran existir sobre Clarence Brown, incluyendo el más conocido, aquel lo define como el “director favorito de Greta Garbo”. A la relación entre el director y la estrella se le dedica todo un capítulo al inicio del monográfico con la intención de, por una parte, impugnar la afirmación, y, por otra, comenzar a presentarnos a Clarence Brown no a partir de su relación con otras figuras más conocidas del Hollywood clásico, sino como un personaje fundamental de aquella época *motu proprio*. Al fin y al cabo, Clarence Brown no sólo fue uno de los directores estrella de la MGM durante los años treinta, sino que su presencia en la prensa de la época era constante (por algún que otro catastrófico rodaje o por las expectativas generadas sobre sus futuros contratos en MGM), dirigió la primera película hablada de Greta Garbo, fue nominado al premio Oscar en seis ocasiones e incluso lanzó la carrera de intérpretes hoy míticos como Clark Gable o James Stewart.

Por supuesto, sería injusto centrarnos en los múltiples datos históricos y anecdóticos que Carmen Guiralt recoge en este estudio monográfico, dado que la mayoría del libro se compone de un cuidadoso y detallado comentario de todos los films en que participó Clarence Brown, tanto desde el punto de vista industrial (su preparación y producción, su inserción en el estricto sistema vertical de los estudios clásicos) como desde el artístico. La autora revisa con detalle todas y cada una de las

películas, localizando en ellas gran cantidad de elementos que pueden rastrearse en la propia vida privada del director, en su formación en el cine de vanguardia o que confirman su ambición de ser algo más que un eslabón en una cadena de montaje fílmica, además de demostrar su influencia y presencia en la obra de realizadores posteriores. Así, Guiralt traza la persistencia de ciertos elementos estilísticos y formales (el encuadre en arco o el “plano de tres”) ya desde los comienzos de Brown en el cine a mediados de la década de 1910, pero también nos cuenta cómo, por ejemplo, su formación como ingeniero intervino a la hora de permitirle crear ingeniosos trucos (y, con ello, largos planos con movimiento de cámara). Del mismo modo, se señalan ciertas temáticas que parecen interesarle como director y como productor, tales como las consecuencias del alcoholismo o el paso de la infancia a la madurez y la influencia de otras figuras paternas en dicho crecimiento. Pero es en su amor por el género Americana donde encontramos quizás al Clarence Brown más personal, aquel que luchaba por poder dirigir los films e historias que verdaderamente le atraían, por tener control sobre sus creaciones y por ser un realizador autónomo dentro de un sistema creado por y para la supresión de dicha autonomía. En contra de sus propios deseos, es dentro de la fábrica de producción fordista de films que era el Hollywood clásico como se recuerda a Clarence Brown, si es que se le recuerda. Es precisamente en el minucioso recorrido por su vida y su carrera que con tanto mimo y acierto nos ofrece Carmen Guiralt donde el director recibe su merecida reivindicación, ese confirmarse como realizador de obras personales que tanto quiso ser en vida hasta que el fracaso económico de uno de sus mejores films, *Intruders in the Dust* (1949), le sumió en la depresión. Brown dejaría el cine en 1953, convirtiéndose casi en una metonimia de la desaparición de la época dorada de los estudios clásicos.

Así, rodaje tras rodaje, contrato tras contrato, anécdota tras anécdota y película tras película, Clarence Brown deja de ser un nombre vagamente familiar para pasar a ser un personaje fascinante, complejo y compuesto por numerosas facetas. A medida que se avanza

en la lectura la efigie de Brown poco a poco asoma y se conforma ante nuestros ojos, completando un cuadro histórico que tendemos a creer bastante cerrado: el canon de los grandes directores de la época clásica de Hollywood. Una y otra vez aparece en la cabeza del lector la sorpresa por el propio desconocimiento de mucho de lo que Carmen Guiralt nos relata en el libro. La gran pregunta ya no parece ser quién es Clarence Brown, por cuanto el completo repaso a su carrera realizado por la autora nos consigue resolver esa duda, sino por qué resulta tan desconocido entre cinéfilos e investigadores.

En la introducción, Guiralt explica algunas de las razones por las que esto puede ocurrir, que van desde lo privado que era el propio Clarence Brown y su falta de actividad política hasta su perfecta inserción en el sistema de estudios (fue, por ejemplo, uno de los mejores amigos de Louis B. Mayer), lo que le hace un realizador menos interesante a los ojos de la historiografía. Y es precisamente en torno a esta idea, que la autora plantea en varias ocasiones pero que nunca se llega a explorar del todo (esa no es, ni mucho menos, la intención de este libro), donde consideramos que reside el verdadero valor historiográfico de trabajos como el aquí reseñado.

La existencia de gran cantidad de ideas preconcebidas a la hora de considerar “el séptimo arte” nos ha llevado a la romantización de su producción y su pasado. Por cuestiones bastante añejas que van mucho más allá del propio nacimiento del cine a finales del siglo XIX, *necesitamos* que los creadores de obras de arte sean figuras trágicas, apasionadas, complejas, e incluso excéntricas y torturadas. El resultado es una visión sesgada de aquello que, para colmo, se ha venido a llamar “la edad dorada de Hollywood”, a pesar de la obviedad que resulta afirmar que no es ni mucho menos necesario contar con un carácter marcado por la bilis negra para formar parte del complejo y multitudinario proceso de realización de una película.

La principal aportación que este libro ofrece a la ingente historiografía que existe sobre la era clásica podría ser, como manifiesta la propia Carmen Guiralt al final de la introducción, “suplir el alarmante vacío que su omisión [la de Clarence Brown] supone para la

historia del cine”. Sin embargo, ha de valorarse sobre todo el paso que se da en una dirección fundamental: la reivindicación de una historia del cine menos idealizada, alejada del concepto de autor-artista y centrada en el cine no sólo como arte, sino como producto, como industria, como maquinaria. Clarence Brown (y el magnífico estudio de su vida y obra que Carmen Guiralt realiza en este texto) es el ejemplo perfecto de que pasar desapercibido y jugar un papel fundamental en la historia del cine al mismo tiempo es posible, y nos recuerda

con mucho valor que todo canon es susceptible de ser revisado y corregido. Con este libro, Carmen Guiralt nos propone avanzar en esta emocionante e ilusionante dirección, aunque para ello tengamos que mirar al pasado con otros ojos y repensar todo aquello que creíamos establecido.

Elisa Hernández-Pérez

EU-Topías